

LARA GÓMEZ RUIZ
Barcelona

Ser inmortal es algo con lo que mucha gente sueña. La idea de acercarse a cualquier peligro sin que haya consecuencias fatales es succulenta, pero a Sergio Álvarez (Bogotá, 1965) no le acaba de convencer. “Experimentarlo durante un tiempo podría estar bien, pero, si es para siempre, se convertiría en un problema, sobre todo si vives en Colombia”, reconoce el autor desde su casa de Barcelona.

“En gran parte de América Latina, especialmente en mi país, el crimen es parte del sistema. La gente resuelve muchos conflictos enfrentándose entre ellos y el Estado lo resuelve todo matando al que no le gusta. Por eso, en un lugar en el que la forma en la que se establece el orden es esa, alguien que nunca muere estorba”, reflexiona el escritor, que ha decidido llevar a cabo este experimento en su nuevo libro, *El inmortal* (Navona).

En sus páginas, Álvarez destapa varios negocios truculentos, como el de la droga. Algo que “puede parecer valiente, pero en realidad no lo es tanto. Hay una anécdota de la autora Laura Restrepo que lo resume muy bien. Una vez ella quiso hacer una serie de televisión sobre unos mafiosos de La Guajira, en Colombia. Cuando los mafiosos se enteraron del proyecto, la amenazaron y le dijeron que no podía contarse nada de eso en televisión. Ella no se acható y preguntó si al menos podía usar su investigación para hacer un libro. Lamentablemente le dio permiso. Le dijo: “Bueno, un libro sí, que eso nadie lo lee”. Así que yo estoy en las mismas”.

Sobre el narcotráfico, explica: “La coca es un negocio ilegal. Y los negocios ilegales lo siguen siendo



El escritor Sergio Álvarez en su piso de Barcelona

El escritor colombiano sintetiza la relación de América Latina con el amor, las drogas, la violencia y la muerte en 'El inmortal'

“El crimen es parte del sistema”

hasta que son muy rentables. Cuando eso ocurre, los poderosos buscan una forma de controlarlo sin que se note. Crean que todo ese dinero hay que aprovecharlo y lo hacen permitiendo que los paramilitares de derecha funcionen tranquilamente en el negocio del narcotráfico a cambio de que eliminen a las guerrillas de izquierda. El Estado no solo te permite trabajar, sino que te organiza y en ese proceso se enriquecen todos. Es cuando el narco crece demasiado, como Pablo Escobar, que

empiezas a ser un problema. Entonces, te capturan y los norteamericanos te extraditan, pero no para combatir el narcotráfico, sino para seguir teniendo controlados sus intereses”.

Lamenta que la gente crea que se lucha contra las drogas, pero no es cierto. “Tú te vas al último pueblo perdido de Siberia y pides una raya de cocaína y te la ponen. Seguramente una cocacola no te la sirven. Entonces, si tienes un producto que está distribuido por todo el planeta, hay que ser muy in-

genuo para pensar que el narcotráfico se gestiona fuera del poder”.

Vivir en un lugar en el que el narcotráfico, y por lo tanto, la muerte (“son dos cosas que van de la mano”), puede llegar en cualquier momento “te hace vivir con intensidad, y es esa misma intensidad la que retroalimenta el sistema de matar. Pero no solo en el narcotráfico. Puedes morir por un par de zapatos, por robarte la billetera e, incluso, por pensar demasiado. También por culpa de

los poderosos. En los últimos veinte años, en Colombia se han matado a 300.000 personas y se ha obligado a desplazar a otros diez millones para que el Estado pueda apropiarse de sus tierras y darlas a mineras y petroleras que las exploten. Unas cifras de escándalo que la clase media prefiere no ver, ya sea por miedo o por indiferencia. Eso sí, por más que inten-

“En Colombia, el proceso de paz es también un relato que no es cierto ni existe”, asegura el novelista

ten hacerse a un lado, las esquivarlas de la guerra acaban llegando”.

El autor achaca parte de la culpa de que la situación no mejore a los medios de comunicación, “que son capaces de construir un relato que cubre estas atrocidades, ya sea añadiendo más contenido de entretenimiento que nunca, con telenovelas, fútbol y series, o hablando del proceso de paz, que es también un relato y no es cierto ni existe. Los que lo comandaron vienen aquí a Europa a que les den premios Nobel, pero a la hora de la verdad, las cosas no avanzan y las dificultades aumentan”.

Como ocurre en su anterior novela, *35 muertos*, el protagonista no tiene nombre. Pero aunque no tenga identidad, el personaje no queda exento de la gracia del Divino Niño, que le concede el don de la inmortalidad. “Darás a luz a un hijo que no solo te hará feliz y te llenará de esperanza, sino que estará destinado a mostrarte el valor de la vida a este país envenenado con el odio, la violencia y el crimen”, dice el ángel guardián a la madre. Una dura crítica a su país natal, al que califica de “falto de valores”.